

“Una invitación a leer los ensayos weberianos sobre teoría y metodología en clave política”.

Bettina Levy.

Cita:

Bettina Levy (2004). *“Una invitación a leer los ensayos weberianos sobre teoría y metodología en clave política”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/508>

“Una invitación a leer los ensayos weberianos sobre teoría y metodología en clave política”

Bettina Lewy (UBA / CLACSO)

bettina@clacso.edu.ar

blew@campus.clacso.edu.ar

Este trabajo revisa la interpretación que presenta a Weber como un exponente paradigmático del academicismo despolitizado y, en contraposición a ella, propone una lectura que enfatiza la dimensión política de su formulación teórica y metodológica. En la realización de esta tarea se abordan sus principales ideas y argumentos acerca de la labor científica en general y de las ciencias sociales en particular. Weber separó saber científico y filosofía política y postuló la neutralidad valorativa en el campo de las ciencias sociales; asumió también la contingencia e indeterminación de un mundo social que no por ello escapa a nuestra comprensión; y, finalmente, construyó un mapa e instrumentos de lectura absolutamente racionales para explicar ese mundo que se le presentaba cada vez más racional. Estos aportes –y el abordaje del objeto de estudio de la sociología, sus formas y contenidos específicos- dan cuenta de la matriz filosófica e ideológica que marcó el nacimiento y el desarrollo de las ciencias sociales y la sociología humanista en particular. Pero señalan también un horizonte de trabajo y un espacio de debate sobre los alcances prácticos de la actividad científica y sobre el papel que les cabe a los intelectuales en el mundo en que viven. El presente texto pretende, en síntesis, recuperar la dimensión política de los escritos weberianos sobre teoría y metodología.

1. ¿Cuáles son los alcances de la actividad científica? Sobre la neutralidad valorativa

Es un lugar común presentar a Weber como el más acérrimo defensor de la tajante distinción entre ciencia (campo de la producción de juicios verdaderos) y política (campo de la lucha entre valores). Esta presentación –legada, entre otras, por la interpretación parsoniana de sus escritos- contiene en general una equiparación entre neutralidad valorativa y academicismo despolitizado a ultranza. Posteriores lecturas -que en el contexto mundial comenzaron en la década del sesenta aunque declinaron a fines de los ochenta y que en América Latina se dieron a fines de los setenta y principios de los ochenta- reinterpretaron los textos y argumentos weberianos, redescubrieron su dimensión política y abrieron un espacio de estudio y discusión acerca de los viejos problemas relativos a la relación entre ciencia y política, el papel de los valores en el trabajo de investigación y las formas y criterios de validación de los hallazgos científicos¹ (Gina Zabludovsky, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

Una de las primeras cuestiones que al respecto cabe decir es que Weber no desarrolló una teoría general y sistemática acerca del papel de los intelectuales en la sociedad. Tampoco

¹ Es interesante el análisis que al respecto realiza Gina Zabludovsky, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997. La autora recuerda que la producción weberiana ha sido objeto de las más diversas interpretaciones y señala que esta situación se explica por motivos tales como las características de la obra misma y las formas de difusión, traducción y recepción de la misma. En particular cita a Luis Aguilar al decir que en México y América Latina la recepción de Weber estuvo marcada por dos fuentes interpretativas: la impulsada en 1948 por el Fondo de Cultura Económica bajo la iniciativa de José Medina Echavarría y la llevada a cabo por Guenther Roth en 1968 influida por la lectura parsoniana de los escritos de Weber. En la medida que Medina Echavarría nunca publicó su prometido estudio sobre Weber, la segunda interpretación -con énfasis en los elementos sistémicos y normativos de la teoría- fue la que se introdujo y prevaleció en la región incluso durante la hegemonía teórica del marxismo. La introducción de nuevas lecturas como las de Anthony Giddens y David Beetham, el giro ideológico y teórico de los investigadores de la región y el resurgimiento de preocupaciones políticas que habían permanecido ocultas durante las décadas pasadas devolvieron a los escritos teóricos y metodológicos weberianos actualidad y pertinencia política.

elaboró una lectura del intelectual como crítico y antagonista del poder. Sin embargo, su vida académica y política dan cuenta de un arquetipo de científico / intelectual y su obra ofrece un modelo acerca de la práctica científica y su relación con la política² (Ver ensayos de Nora Rabotnikof y Gina Zabludovsky, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

Weber y la sociedad de su tiempo

Es posible y también pertinente considerar la posición weberiana acerca de la vinculación entre ciencia y política -y su actitud personal con relación al poder político- a la luz de las características de la sociedad en la que vivió y pensó (Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

Sin despreciar la influencia que en la formación de Weber tuvieron el pragmatismo político de su padre –con quien tuvo una relación muy conflictiva- y el interés religioso de su madre, resulta particularmente relevante considerar el ámbito de discusiones en el que el mencionado autor estudió y trabajó: aquel signado por la definición de los grandes problemas de la sociedad moderna y sobre la forma más adecuada para abordarlos. Sus preocupaciones eran las de todo un conjunto de académicos alemanes: por un lado, el abordaje de los fenómenos relativos al poder político y al desarrollo de liderazgos fuertes y

² Nora Rabotnikof repasa las figuras analizadas por Weber en sus estudios sobre las formas de acción comunitaria y organización de la cultura: el mago, el sacerdote y el profeta. Asimismo, recuerda la importancia de los literatos, los juristas y los periodistas para la comprensión de los tipos de dominación. Concluye que estas figuras ofrecen un conjunto de pistas para el análisis de la relación entre intelectuales y política. Y construye una tipología de intelectuales: el funcionario, el técnico experto, el científico, el polemista y el intérprete. Gina Zabludovsky cuestiona estas separaciones y señala que la distinción entre funcionario y político es propiamente occidental mientras que no existe en sociedades sin estructura jurídica autónoma ni separación entre las esferas de la política, la legalidad y la moral (Gina Zabludovsky en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

estados nacionales potentes; y por el otro, el estudio de la naturaleza y las tendencias del capitalismo y de la acción económica racional³. En el estudio de estas cuestiones se distanció del historicismo radical alemán al proponer una metodología comprensiva y explicativa capaz de alcanzar objetividad y validez científica; enfrentó al positivismo (y también al marxismo) proponiendo una sociología capaz de hacerse cargo de la complejidad de la realidad social a través de la operación selectiva (y en ese sentido unilateral) que con relación a ella realiza el investigador; y, en este sentido, ofreció interpretaciones alternativas al marxismo resaltando el impacto de las ideas religiosas en la formación del capitalismo moderno occidental.

Las universidades alemanas de su tiempo constituían espacios integrados de trabajo académico y, fundamentalmente, brindaban amplias facilidades para la dedicación a la investigación científica. Al mismo tiempo, eran ámbitos de acaloradas discusiones entre conservadores y socialistas. La solución (liberal) que Weber ofreció en la disputa por el método que se dio en Alemania estuvo definida por el enfrentamiento con los profesores universitarios de derecha comprometidos con el gobierno y con los marxistas, claro está. En este sentido, la exigencia de la objetividad científica a través de la neutralidad valorativa no fue el resultado de (ni la pretensión de conducir hacia) la carencia de convicciones personales; fue un esfuerzo –que Wallerstein llama abnegación ascética- para asegurar la

³ Dos grandes cuestiones atravesaban cualquier gran discusión política en la que Weber participara: 1) los problemas del estado nacional alemán, entrampado entre la burocratización de su clase política y la ausencia de un liderazgo independiente; 2) los problemas de su país para dar cuenta de un incipiente crecimiento industrial en el contexto de una Europa mucho más desarrollada y asegurar un proceso de fuerte expansión y desarrollo. Sus principales estudios con relación a estas cuestiones abordaron: 1) los procesos de burocratización al interior de la esfera política y la necesidad de contrarrestarlos promoviendo la lucha parlamentaria y la formación en su seno de líderes fuertes capaces de hacer de la política una actividad apasionada y comprometida; 2) los motivos orientadores de la acción económica racional, la especificidad del capitalismo moderno occidental y el influjo de las ideas religiosas en su formación.

ausencia de controles y presiones políticas⁴ (Immanuel Wallerstein: 2001, 2002). En el contexto que le tocó vivir, la defensa del relativismo significó la lucha por la construcción y legitimación de un espacio autónomo de producción de mapas e instrumentos para la intervención en el mundo. Tal era el lugar privilegiado que la ciencia podía y debía tener. ¿Qué significaba esta tarea? ¿Cuáles eran sus alcances? Nada más alejado del consenso dominante de su tiempo que las respuestas ofrecidas en el clásico ensayo de 1904 sobre la objetividad (Weber: 1990) y en el ensayo la ciencia como vocación (Weber: 1998). A continuación proponemos el ejercicio de recrear las implicancias políticas de algunas de las principales preguntas y respuestas que podemos extraer de sus ensayos metodológicos.

La relación de la ciencia con los valores y con la vida política

Weber concibió a la ciencia como una actividad dirigida a la organización conceptual de la realidad, la producción de enunciados verdaderos y la validación racional de tales resultados. Delineó también los aportes que la ciencia –como actividad especializada- podía ofrecer para la determinación de las probabilidades de realización de lo posible (y lo imposible es una de sus variantes pues recordemos que para lograr lo posible es necesario intentar una y otra vez lo imposible (Weber, 1998). La determinación de lo deseable y su realización quedaban sujetas a la decisión política, ámbito absolutamente ajeno a ciencia. Su actitud frente al poder político estuvo, de este modo, signada por el absoluto rechazo a toda intromisión normativa o decisoria entre ambas esferas de acción. Pero también pensó a la ciencia como un llamado

⁴ Dice Wallerstein que la neutralidad valorativa es una de las dos formas en que los intelectuales luchan contra la represión (o presión por parte del poder político). Al respecto nos recuerda que la disputa sobre la neutralidad valorativa surgió del rechazo de los científicos naturales y otros filósofos al control de la teología cristiana sobre sus vidas y se expresó como un reclamo de tolerancia por parte del poder (Immanuel Wallerstein: 2001, 2002).

vocacional, una esfera de acción apasionada y una posibilidad, funcionalmente equivalente a la acción política, para abrir un agujero negro en la inmensidad de sentido muerto que imponía la racionalización creciente de la sociedad. Porque la ciencia constituye una forma de ver el mundo y como tal, contiene para la persona que hace ciencia un valor que no puede ser resuelto científicamente (Weber: 1998).

Desde la perspectiva weberiana, la separación entre profesionalismo académico y diletantismo no se resuelve en función de la distinción entre actividad interesada-actividad desinteresada. Primero, el impulso para tratar problemas científicos proviene de cuestiones prácticas. Segundo, la actividad científica, entendida como profesión, no es ajena a los valores pues ellos constituyen tanto su materia de análisis como el punto de partida de la investigación misma en la medida que operan como criterios de selección y construcción del problema, el objeto de estudio, los tipos ideales y las imputaciones causales. En otras palabras, la relación que el científico establece con los valores delimita un curso de investigación y la organización de la investigación misma (Weber: 1990).

Las personas tenemos una capacidad limitada y finita para dar cuenta de la infinitud del acontecer del mundo (la complejidad del mundo se define por el exceso de dimensiones y relaciones respecto de nuestra capacidad de actualización y conocimiento). Por lo tanto, la actividad científica comienza y se nutre de los puntos de vista del investigador, la relevancia que tienen para él ciertos problemas, elementos y relaciones de la realidad social (relación de valores o con los valores). No existen criterios racionales ni generales o universalmente válidos que nos permitan decidir entre puntos de vista (pluralismo de los puntos de partida). Cualquier intento de comprensión de ese mundo es una construcción de sentido sobre una parte de ese mundo (que no es ni copia la realidad pero resulta adecuada a ella). Una vez

establecida cierta relación de valores con la empiria, la investigación se torna unilateral (univocidad de las construcciones conceptuales y unilateralidad del curso de investigación y de la imputación causal). Es necesario pues explicitar las selecciones realizadas y el curso de investigación delineado para que otros puedan dar cuenta del proceso mismo. Es necesario también atender minuciosamente a las reglas provistas por la ciencia para asegurar la coherencia de los hallazgos (comprensión de sentido a través de la conceptualización típica ideal e imputación causal)⁵. En la medida que estos requisitos sean atendidos, la investigación ofrece garantías de objetividad y conduce a la formulación de juicios empíricos verdaderos y válidos, de los cuales no puede ser derivada la superioridad de un conocimiento sobre cualquier otro ni la superioridad de un valor sobre cualquier otro (Weber: 1990).

Efectivamente, la ciencia puede hablar acerca de lo que existe, de lo que es posible o probable y de lo que se quiere hacer dadas ciertas circunstancias. Pero nunca la ciencia puede decir lo que se debe hacer. La exclusión de los valores comienza cuando se ingresa

⁵ El acceso típico ideal a la significación cultural de un fenómeno individual se distingue claramente del análisis estadístico. Los tipos sociológicos son construcciones de una conducta con sentido que pueden observarse en la realidad con cierta aproximación. Son medios, instrumentos conceptuales, o ideas científicas (distintas de las ideas prácticas que contienen un deber ser) que exigen validez empírica. Se forman genérica (por reunión de los rasgos comunes a varios fenómenos empíricos) o genéticamente (por estilización de algunos elementos de la realidad). Estos últimos se denominan tipos ideales y son aquellos a los que las ciencias histórico-sociales, comprensivas o como se haya llamado a la sociología, recurren de manera privilegiada y específica. Su construcción supone el realce unilateral y unívoco de algunos aspectos de la realidad y exige la ausencia de contradicciones entre los elementos seleccionados. Los tipos ideales permiten captar o interpretar el sentido de una acción (comprensión) y guían el juicio de imputación que en una segunda instancia orienta y establece una conexión causal de sentido entre dos procesos o fenómenos de la realidad ya comprendidos típica idealmente (explicación o imputación causal). El tratamiento sociológico de los fenómenos culturales supone pues la comprensión de los mismos en su especificidad -esto es, como constelaciones individuales- y la imputación de una configuración individual a otro fenómeno también individual. Al respecto, ver el ensayo de 1904 sobre la objetividad (Weber: 1990) y el capítulo 1 de Economía y sociedad (Weber: 1992).

en el terreno de la decisión en materia político-social. En ese terreno la ciencia puede servir como apoyo técnico, sistema experto o crítica técnica y, en virtud de ello, el científico puede participar en el diagnóstico de la situación, el cálculo de factibilidad y hasta en el análisis de las órdenes y las decisiones realizadas o posibles. En este sentido, la ciencia puede estudiar los valores o postulados éticos desde el punto de vista de su consistencia lógica o su origen y función históricas. Pero no puede -no cuenta con instrumento alguno para- fundar empíricamente su validez normativa. No puede proporcionar normas e ideales obligatorios de los que se deriven preceptos para la vida práctica. Dicho de otro modo, no puede, y nunca podrá asumir, confirmar o cuestionar los fines y valores involucrados por los cursos de acción. Y en la medida que se autoexcluye de la responsabilidad de elegir entre valores mucho menos puede o podrá alguna vez reconciliar la pluralidad de los mismos. Tampoco podrá hacerlo la política, justo es decirlo, que deberá lidiar con ellos, podrá elegir entre ellos, pero nunca podrá neutralizarlos o reconciliarlos (Nora Rabotnikof, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

Weber fue un investigador activamente comprometido con la realidad de su época⁶. Pero se negó a sustraer al hombre lego el trabajo (y la libertad) para decidir y llevar a cabo un curso

⁶En su ensayo de 1904 sobre la objetividad Weber explicita que su interés cognoscitivo –y en virtud del mismo, la particular selección y definición de los problemas de investigación y los objetos de estudio- se dirigía al carácter económico-social de los fenómenos culturales. Efectivamente, para Weber resultaba culturalmente significativo el estudio de la estructura económica y social de la vida de la comunidad humana y las formas de organización que las mismas adoptaron/adoptan históricamente para resolver problemas relativos a la existencia material (Weber: 1990). Weber era más que conciente acerca de la notable influencia que los problemas relativos a la lucha por la existencia material tenían sobre las otras dimensiones de la vida social. También fue un observador de las consecuencias de las políticas estatales sobre la vida económica de las personas y el desarrollo de las naciones. En este sentido, en diversas oportunidades manifestó su compromiso con la transformación de la política y la actividad gubernamental en Alemania. Así, abordó la precaria situación del campesinado y el carácter conservador de la clase terrateniente alemana; tomó partido en la política exterior alemana y estudió la impotencia de la política parlamentaria de su país y los problemas

de acción. En un mundo atravesado por valores múltiples y últimos –y por ello también antagónicos e irreconciliables- la lucha no puede ser resuelta de modo racional y la ciencia debe callar allí donde termina su capacidad de racionalización: la elección misma de los fundamentos que orientarán nuestras acciones y comprometerán nuestras posteriores responsabilidades⁷. Nos lo recordó al decir de Tolstoi: “la ciencia carece de sentido puesto que no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan, las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir” (Weber: 1998, pág. 208).

El aporte científico a la actividad humana termina donde comienza el espacio en el que se organizan las decisiones sobre la vida y el destino de las personas. Efectivamente, Weber concibió una ciencia incapaz de ofrecer respuestas sobre “los problemas de sentido último referidos a la contingencia humana, a la fragilidad y la muerte y la desigual distribución del dolor y el sufrimiento” (Nora Rabotnikof, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997. Pág. 109). Sin embargo, como hombre de acción y político dedicado a la actividad científica estudió la realidad social a partir de una serie de preguntas profundamente críticas (y en cierto sentido humanistas) respecto de la sociedad y el tiempo que le tocó vivir. Observó los efectos de la creciente racionalización del mundo y, sobre todo, aborreció su desencantamiento. Pugnó para que los hombres nada esperaran de la búsqueda y la espera solitarias. Sostuvo, finalmente que en lugar de ello había que “actuar de otro modo”, que en su lenguaje era lo mismo que decir que había que tomar partido en la lucha cotidiana de dar

derivados del creciente control y concentración de los medios de administración en las manos de una burocracia (y al respecto propuso la construcción de un régimen parlamentario o gobierno popular liderado por un político parlamentario carismático y apoyado por un parlamento involucrado en los asuntos prácticos y con capacidad para controlar al funcionariado especializado. Ver Weber: 1998).

⁷ La ética de la convicción y la ética de la responsabilidad no constituyen opuestos en conflicto sino componentes necesarios del sistema de ideas al que debe atender un político comprometido con la actividad política pero capaz de introducir mesura y responsabilidad en el terreno de la lucha entre demonios.

sentido al mundo. Un mundo cuyo despliegue se nos presenta bajo la forma de regularidades objetivas u ordenamientos sociales que condicionan nuestras acciones; pero que al mismo tiempo ofrece ámbitos donde se reducen las probabilidades de que ciertas expectativas se realicen, o bien, donde aumenta la contingencia de cada evento posible, incluso aquel/los negados o desfavorecidos por el sistema social. Este fue su aporte –un aporte interesado y apasionado- como científico, que refrendó construyendo un enfoque teórico y metodológico congruente y poniendo en juego su propia energía vital en el terreno de la política.

2. ¿Por qué los hombres actúan de un modo y no de otro? Sobre la contingencia.

La reivindicación de la contingencia es un presupuesto de la formulación weberiana y constituye nuestro punto de partida para el abordaje de su conceptualización sobre la acción. Para Weber, los hombres actúan de un modo, que es diferente a otros posibles pero no realizados o realizados en otras circunstancias. Decir esto es igual a decir que la acción humana es contingente. Y el elemento que explica el carácter contingente de la acción es la capacidad humana de dar sentido al mundo. El sentido agrega un significado a la conducta. Pero lo fundamental es que dicha atribución de significado es realizada por un individuo. Es por eso que constituye un elemento subjetivo, una creación personal frente a la infinitud desprovista de sentido del acaecer universal o en el marco de un orden de probabilidades relativas a las acciones y las relaciones sociales esperables. Es el sujeto el que sostiene su conducta, el que crea la acción mediante un despliegue, orientación o conexión de significado/s. La acción, como unidad de sentido, es realizada por un sujeto y más específicamente, por un individuo conciente y capaz de elegir (sus) fines y determinar (sus) valores. Y dice Weber “somos hombres de cultura, dotados de la capacidad y la voluntad de tomar concientemente posición ante el mundo y de conferirle sentido” (Weber: 1990, pág.

70). Es este argumento el que lleva a Luhmann a decir que Weber fue un ferviente humanista, esto es, un creyente devoto en las capacidades humanas de significación y creación del mundo (Luhmann, 1996, Lección 14).

Este presupuesto weberiano (relación de valor) fue el punto de partida para la construcción de su teoría de la acción, una teoría en la que convergen varias tradiciones de la cultura alemana y que se hace cargo de una serie de debates relativos al lugar de las ciencias sociales, sus alcances y su capacidad para dar cuenta de la producción de sentido en el mundo. Una teoría que concibe que la ciencia social se orienta a la comprensión de la realidad en su especificidad, de la significación cultural de sus manifestaciones individuales, de las razones por las cuales históricamente se constituyó de un modo y no de otro. Una teoría que desarrolla un conjunto de categorías increíblemente adecuadas y precisas para dar cuenta de la política como campo de la realidad en el que la contingencia opera (se realiza) de manera privilegiada.

La política no ocupa todo el espacio en la modernidad. La política no es ciencia, ya lo dijimos, pero tampoco es arte, religión o derecho. La política es un campo de lucha por la construcción y consolidación de un proyecto político que en la modernidad se lleva adelante participando o influyendo en la distribución de poder dentro de un estado⁸ (Weber: 1998).

Tal como la piensa Weber, la política es una esfera de valor autónoma y definida, un espacio indeterminado y abierto a la novedad, la invención y la transformación. Puede dar cuenta de

⁸ Weber sostenía que la política moderna se movía dentro de los límites del estado, la actividad partidaria y la administración burocrática. De manera más general, la tradición sociológica clásica, desde Weber hasta Marx, ha definido al estado como el objeto de la lucha política y el espacio institucional y operativo al que se dirigen los proyectos políticos.

los mismos temas y problemas que encararon todas las grandes religiones. En virtud de ello, constituye el terreno privilegiado para la reflexión pero principalmente la confrontación ideológica entre imágenes del mundo, o, lo que es igual, la discusión acerca de los problemas de sentido último, aquéllos que nos conmueven (individual y colectivamente) porque señalan nuestra fragilidad y finitud, nuestros miedos y sufrimientos, nuestras esperanzas y sueños. La política es un ámbito politeísta y de conflicto –más o menos brusco, más o menos regulado- entre dioses. Y no es unívoca. Es una vocación y también es profesión. En este sentido, es una sabia combinación (o la irreductible expresión, según se interprete) de los contenidos de dos éticas: la ética de la convicción, guiada por la pasión y la entrega *intencionada* a una causa, y la ética de la responsabilidad, orientada por la medida (renuncia a la agitación estéril y a la salvación del alma a través de la política) y la atenta consideración y reflexión acerca de la diversidad de medios disponibles, los valores y fines perseguidos y las consecuencias más o menos probables de los cursos de acción posibles *vis a vis la paradoja de las consecuencias no buscadas o no queridas* (Nora Rabotnikof, en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

3. ¿Cuál es la forma y el contenido de la acción? Sobre la racionalidad.

La orientación subjetiva de la acción es, en mayor o menor medida en la vida práctica y plenamente de manera típica ideal, un despliegue conciente e intencional. La conciencia acerca de lo que se está haciendo es la base misma de dicha acción, es el elemento que atestigua la irrupción del sentido en el entramado de movimientos y gestos en el mundo. Siguiendo esta premisa, Weber deja en claro que la acción tradicional –determinada por una costumbre arraigada- se halla en el límite entre la acción con sentido y la simple conducta reactiva: “a menudo no es más que una oscura reacción a estímulos habituales, que se

desliza en la dirección de una actitud arraigada. La masa de todas las acciones cotidianas habituales, se aproxima a este tipo, el cual se incluye en la sistemática no sólo en cuanto caso límite sino porque la vinculación a lo acostumbrado *puede mantenerse conciente en diversos grados y sentidos* [el subrayado es nuestro]" (Weber, 1992, pág. 20). Pero es la intención (entendida como finalidad) el elemento que precisa el contenido de sentido de la acción. El acceso o comprensión del sentido de la acción supone, pues, el abordaje de su intencionalidad y, más específicamente, de su motivación. O como dice Weber, la conexión de sentido que aparece como el fundamento de la acción. Efectivamente, la acción es accesible o comprensible sociológicamente a través del análisis de sus motivos⁹. Y agregamos: a través de motivos sobre los que se tiene o puede obtener evidencia racional.

De este modo, aquello que en una primera instancia se hace visible a partir de la simple observación del desempeño de la acción del otro (esto es, la subjetividad o conciencia del otro), en una siguiente instancia puede ser comprendido en términos motivacionales (la intención que opera como causa del comportamiento ya observado). Según Habermas, el análisis motivacional weberiano presupone un modelo causal, más precisamente teleológico en el que las acciones aparecen motivadas por la búsqueda de intereses, la realización de valores o la satisfacción de pasiones. Estos tres tipos de motivos (utilitarios, valorativos y afectivos) más la consideración de un caso límite en el que la acción no aparece guiada por fines, valores o estados afectivos evidentes aunque contiene un grado mínimo de conciencia por parte del sujeto acerca de las condiciones (medios) de su acción permiten construir la clásica tipología weberiana acerca de la acción: racional con arreglo a fines, racional con arreglo a valores, afectiva y tradicional (Habermas, Jürgen: 1999).

⁹ En la medida que la comprensión se dirige a los motivos, se torna también explicativa.

Para cada uno de estos tipos de acción es posible distinguir o establecer el modo y grado en que se evidencian a) cierta o plena conciencia acerca de la orientación efectiva en el mundo, b) una finalidad o intención más o menos explícita y c) la responsabilidad relativa a las consecuencias de la ejecución de un comportamiento específico. Pero la misma cuestión puede ser presentada de otro modo –análogo al anterior: cada uno de estos tipos de acción remite a una particular relación entre a) los instrumentos o medios o recursos instrumentales, b) las elecciones de fines y c) las normas o los valores involucrados en el desarrollo mismo de la acción. Desde esta segunda perspectiva, la acción, la acción social y las relaciones sociales pueden ser comprendidas a partir de la identificación de los medios, los fines, los valores y las consecuencias puestos en juego y relacionados o sopesados por los individuos que orientan sus conductas u observan las de otros.

Si esto es así, entonces el contenido de sentido de la acción, es decir, su motivación se determina con referencia al criterio por el cual se organizan y relacionan los mencionados elementos. Weber llama racionalidad al criterio relativo a la orientación, organización y comprensión de la acción (Charosky, 2004). ¿En que consiste este patrón de racionalidad? En la orientación de la acción con referencia a los instrumentos (medios), las elecciones (fines) y las normas (valores) involucrados en un curso de acción. ¿Quién aplica esta regla o unidad de medida? En principio, un sujeto, que puede ser el sujeto de la acción, otro sujeto o un observador o investigador externo. ¿Qué efecto produce la aplicación de esta regla? La orientación efectiva de la acción o la comprensión de la acción de otro por sus motivos. Resumamos entonces el argumento expuesto: La racionalidad es el criterio de orientación, organización y comprensión de la acción aplicado por el individuo que actúa o un observador externo y relativo a la utilización de medios, la persecución de fines y la determinación de valores.

Es importante tener en cuenta que a menor racionalidad de la acción, en mayor medida el sujeto que actúa se funde en el colectivo y sus pensamientos y acciones son moldeados por el discurso y los intereses de la sociedad (tal es el caso típico de la acción tradicional). Por el contrario, cuanto mayor es el desarrollo de la racionalidad, más evidente es el carácter subjetivo del discurso y la acción propiamente dicha en general y más accesibles resultan las pasiones e intenciones (como en la acción afectiva), los propósitos y valores generales (en la acción racional con arreglo a valores) y los intereses y las responsabilidades (en el caso de la acción racional con arreglo a fines) a través de la identificación de los medios, los fines, los valores y las consecuencias involucrados en la trama de la acción¹⁰. De este modo, la comprensión explicativa de la acción efectiva en el mundo se logra por comparación con el tipo ideal de acción racional con arreglo a fines. O a la inversa, la construcción científica del concepto acción racional con arreglo a fines permite la comprensión explicativa de la acción en el mundo.

Efectivamente, en la medida que “la acción humana provista de sentido se liga, ante todo, a las categorías de fin y medio (...) a la consideración científica es asequible ante todo, incondicionalmente, la cuestión de si los medios son apropiados para los fines dados” (Weber: 1990, pág. 42) en las circunstancias históricas concretas. En este sentido, la crítica técnica científica ofrece a los actores la posibilidad de considerar y comparar las consecuencias no queridas con las buscadas. De este modo, el método científico consiste en el abordaje y exposición de las acciones reales –influidas por irracionalidades de diversas

¹⁰ De manera análoga, y salvando las distancias, Durkheim sostiene que en las sociedades primitivas la conciencia colectiva recubre toda la conciencia individual de manera que la segunda constituye una copia de la primera mientras que en las sociedades modernas la transformación de la solidaridad produce la retracción de la conciencia común y la aparición y el desarrollo creciente de la individualidad.

especies- y su consideración como desviaciones respecto de un desarrollo construido de manera típica ideal como racional con arreglo a fines. La construcción de tal modelo ofrece la ventaja de ser plenamente inteligible y unívoco y constituye el rasgo que hace de la sociología 'comprensiva' una sociología 'racionalista'. Este procedimiento no debe, sin embargo, interpretarse "como un prejuicio racionalista de la sociología, sino sólo como un recurso metódico; y mucho menos, por tanto, como si implicara la creencia de un predominio en la vida de lo racional. Pues nada nos dice en lo más mínimo hasta qué punto en la realidad las acciones *reales* están o no determinadas por consideraciones racionales de fines (Weber: 1992, pág. 7).

En primer lugar, toda la metodología weberiana se funda en la racionalidad como criterio de inteligibilidad de la acción y la realidad social. Al mismo tiempo, admite que la realidad social es un continuo de creencias, afectos, valores e irracionalidades que, como tales, exceden la capacidad de (exceden o resultan más complejos que) los conceptos sociológicos para comprenderlos y explicarlos. Weber es conciente acerca de los límites del conocimiento sociológico para comprender adecuadamente la irracionalidad; o, dicho de otro modo, acerca de la distancia entre la conceptualización (siempre racional) y la empiria (que se despliega como ordenamiento/s racional/es pero, al mismo tiempo, como un campo plagado de irracionalidades de todo tipo).

En segundo término, la racionalidad es un criterio relativo del que sólo se puede dar cuenta desde el punto de vista de la especificidad de un proceso histórico (esto es, desde su singularidad). En este sentido, es posible racionalizar (orientar, organizar y comprender) la vida desde los más diversos puntos de vista y hacia las más variadas direcciones. La capacidad y aptitud para actuar de manera racional sopesando medios y fines (calculando)

constituye el sello peculiar del racionalismo occidental. La formación de esta capacidad se vio particularmente impulsada por la ética protestante¹¹, fue el resultado de un largo proceso educativo que enfrentó los obstáculos psicológicos del tradicionalismo y una vez originada se extendió a todas las esferas de la vida (las ciencias, las artes, la arquitectura, la administración, el estado, el derecho, la política) aún cuando no ofreció “el carácter de una evolución progresiva y paralela en cada una de ellas” (Weber: 1984). Desde esta concepción unilateral de la historia los contenidos de la ética religiosa puritana contribuyeron a la creación de la mentalidad económica capitalista. Más específicamente, el protestantismo ascético engendró uno de los elementos del moderno capitalismo occidental: la racionalización de la conducta sobre la base del impulso que significó la idea de profesión. La racionalización occidental se orientó entonces desde el punto de vista o en la dirección ascética (autocontrol constante y disciplinamiento de la vida religiosa y de todos los órdenes de la vida, en particular el económico)¹².

¹¹ Ricardo Gutiérrez cita a Habermas al decir que los ensayos weberianos “sitúan la problemática de la racionalización en el plano de las estructuras de conciencia (personalidad y cultura)”. (Gutiérrez en Naishtat: 1998).

¹² En este sentido, el interés weberiano se desplegó en dos niveles: por un lado, en la consideración de la relación isomórfica (afinidad electiva) entre la ética calvinista y el espíritu capitalista moderno occidental; y por el otro, en la determinación de los elementos, las características o los contenidos específicos de la ética calvinista que favorecieron la formación del espíritu o estilo de vida adecuado para la orientación racional de la acción en la esfera económica (imputación causal). Con relación a la primera de las cuestiones, Weber observó que los comportamientos típicos de los protestantes y los capitalistas eran racionales y que las normativas señaladas producían iguales resultados sobre la organización económica capitalista. De lo cual concluyó que la ética protestante puede ser considerada un universo de sentido que permite que las personas estén motivadas y orientadas hacia la organización del trabajo formalmente libre y se abocó, por lo tanto, a trabajar la segunda de las cuestiones, es decir, la influencia de los ideales religiosos calvinistas en la formación del espíritu capitalista moderno occidental. La doctrina de la predestinación constituyó entonces el fundamento dogmático, una de las tantas fuentes posibles de motivación religiosa capaz de producir el impulso ascético que bajo la forma de profesión como medio de comprobación de la fe (y rechazo de la duda sobre la salvación) orientó efectivamente la racionalización sistemática de la vida moral. Es así que el espíritu capitalista constituyó, en su origen, una mentalidad que aspiraba a obtener un lucro ejerciendo sistemáticamente una profesión, una ganancia racionalmente legítima.

Según la explicación propuesta, el surgimiento del moderno capitalismo occidental requirió de la conformación de actores capaces de racionalizar su existencia (el moderno hombre económico). Lo notable es que, una vez originado, el sistema capitalista se desarrolló desligándose paulatinamente del apoyo religioso que necesitó inicialmente e incluso de cualquier otro tipo de motivación (económica) para pasar a descansar en fundamentos racionales puramente mecánicos o formales. Este sistema se constituyó entonces en criterio de orientación (condicionamiento social) plenamente racional de las acciones sociales. Y aquí el objeto de estudio originalmente abordado pierde la aleatoriedad y la contingencia involucradas en su aparición y trastoca en un sistema o conjunto de probabilidades objetivas que condicionan las acciones sociales.

4. ¿Cómo operan (nos condicionan) los ordenamientos sociales? Sobre la crítica científica de los ideales y juicios de valor y sus aportes para la imaginación y construcción de otros mundos posibles.

Hemos definido (y descompuesto en sus componentes) el concepto de acción que nos presenta Weber. Pero no es la acción el objeto específico que el autor adjudica a la sociología. Para Weber la sociología estudia las instituciones y procesos de la cultura humana, aquella dimensión de la vida colectiva que está provista de sentido, de significado. Esta definición puede ser planteada del siguiente modo: la sociología estudia la acción social, entendida ésta desde el punto de vista de la colocación subjetiva de un significado en el mundo o en función de (como resultado de) ordenamientos sociales preexistentes.

El primer abordaje enfatiza la dimensión contingente o instituyente de la acción social y abre un campo de estudio sobre la actividad y la lucha política, la irracionalidad de los afectos, las creencias y los valores. En este sentido, la acción social agrega a los componentes de la acción (conducta + sentido) la referencia a la acción de otras personas (otro sujeto de acción). Esto supone que los comportamientos de la otra persona son interpretados como (escrutados para encontrar en ellos) signos o indicaciones de una organización racional de los mismos. O dicho de otro modo, se supone que el otro es un sujeto (atribución de subjetividad) que se comporta de manera consciente e intencional, esto es, que considera y relaciona los fines, medios y consecuencias con arreglo a ciertas normas o valores (atribución de sentido). (Funes en de Ipola, Emilio: 2004).

La segunda línea aborda la dimensión instituida de la vida social, las regularidades objetivas, las relaciones sociales y los ordenamientos que establecen las probabilidades de las acciones sociales y los contenidos normativos que regulan la puesta en juego de la libertad de elección y la responsabilidad que su ejercicio involucra. Y aquí aparece el condicionamiento social propiamente dicho (la selección social de acciones y experiencias más o menos probables), sea éste presentado como coordinación o pluralidad de acciones recíprocamente referidas o bien como pluralidad de acciones sociales homogéneas en su sentido, esto es como probabilidad de expectativas o probabilidad efectiva de que en cierta situación las acciones y experiencias sucedan (se sucedan) de cierta manera con independencia de sus motivos (Funes en de Ipola, Emilio: 2004).

El capitalismo moderno occidental constituyó un aspecto de un proceso histórico más amplio y general que orientó (condicionó) las acciones de las personas y que Weber llamó racionalización. A diferencia de otras configuraciones históricas, todos los aspectos de la

civilización occidental experimentaron este proceso. La extensión creciente de la racionalidad (y principalmente la universalización de la racionalidad orientada en virtud de la planificación y el uso de los recursos o medios de la acción) tiene dos caras: por un lado, incrementa la previsibilidad y el dominio del mundo; por el otro, produce o colabora en la dirección del desencantamiento del mundo (Gutiérrez en Naishtat: 1998). El sistema económico capitalista y el orden burocrático moderno dejan de ofrecerse a los individuos como espacios creativos y conflictivos, esto es, abiertos a la libre determinación de valores. Vacíos de ideales, los encierran en los estrechos márgenes que ofrece la razón instrumental¹³.

Desde esta perspectiva, la imaginación de otros mundos posibles y, fundamentalmente, la orientación de la acción en dirección a ellos corresponde a la acción de las personas, a los hombres de acción, al decir de Weber. Esos hombres que en la modernidad viven atravesados por una racionalidad que es reto y amplitud de mirada pero también es trampa y

¹³ Resulta increíblemente interesante el análisis de Zygmunt Bauman (Bauman: 1998) sobre la relación entre ciertos aspectos violentos de la civilización y los presupuestos normativos de la modernidad y que, a su juicio, son invisibilizados por una diversidad de enfoques -entre los que menciona a la teoría weberiana sobre la racionalización- que distinguen entre lo normal (el orden social) y lo patológico (los impulsos violentos) y comparten el supuesto de que la organización social modera y gradualmente suprime (humaniza o racionaliza) los impulsos presociales o antisociales de los individuos (inhumanos o irracionales). En contraposición, Bauman señala que el modelo sobre el proceso civilizador (y sobre la racionalidad y la ética) debe ser ampliado para incluir su tendencia a degradar y deslegitimar las motivaciones éticas de la acción social. En este sentido, el proceso civilizador despoja de todo cálculo moral al uso y despliegue de la violencia y libera a las aspiraciones de racionalidad de la interferencia de las normas éticas o de las inhibiciones morales. Silencia la moralidad en tanto atiende exclusivamente al éxito instrumental y se sostiene en un modelo de autoridad burocrática. En mi opinión, este enfoque es compatible con el esquema weberiano tal cual lo hemos presentado en este artículo. Particular relevancia tiene el tratamiento de las siguientes cuestiones: el holocausto como resultado del encuentro único de factores corrientes y vulgares (condiciones de posibilidades que se hicieron efectivas); la pertinencia y adecuación del instrumental conceptual weberiano para la comprensión de las acciones de los nazis; la razonabilidad del holocausto toda vez que las normas de racionalidad instrumental (la cultura burocrática) están incapacitadas para evitar este tipo de fenómeno; la cooperación de las víctimas que se organizaron racionalmente y aportaron a su propia destrucción; el desarrollo de mecanismos sociales que invisibilizaron u ocultaron el carácter moral de las acciones implicadas en el genocidio (invisibilización de conexiones causales del complejo sistema de interacciones, distanciamiento de los resultados repugnantes de la acción e invisibilización de la humanidad de las víctimas).

estrechez de horizonte. Pues el espacio de la acción en el moderno capitalismo occidental¹⁴ es el de la libertad de elección y la responsabilidad que de ella se deriva pero los límites o contornos son los de la tradicionalización y la acción desapasionada.

Efectivamente, en la modernidad la vida política transcurre como lucha entre ideales pero está siempre amenazada por la rutinización burocrática. La acción de los hombres civilizados es cada vez más accesible a nuestra comprensión (racional) pero crecientemente se sostiene en la mera fe en que las condiciones de su vida cotidiana son racionales y en la confianza en que funcionan de dicha manera¹⁵. Y estas tendencias contradictorias no son exclusivas de la vida cotidiana. También la actividad científica se nutre de la vocación del hombre de ciencia y tiene un sentido para (realiza un aporte a) la humanidad pero al mismo tiempo acepta lidiar con una versión desencantada y fragmentada del mundo y con la creciente especialización que estalla en su interior.

Otra forma de abordar estas tendencias es decir que el mundo se presenta cada vez más plagado (pleno) de consensos, de formas dominantes (naturalizadas y utilizadas acríticamente como recursos disponibles o a la mano). Al respecto, resulta pertinente el planteo weberiano acerca de la utilidad de la ciencia para estudiar tanto la eficacia de la intervención causal de una acción (subjéctiva) o esquema de relaciones (sociales) como la verdad de los enunciados acerca de la organización del mundo y en función de los cuales los

¹⁴ Fueron muy enriquecedores los debates –aún abiertos por cierto- sobre la conceptualización weberiana acerca de la modernidad desarrollados en el seno del grupo de estudios sobre teoría social, coordinado por Perla Aronson en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

¹⁵ Y dice Weber que “aquí reside el interés específico de la ‘empresa’ capitalista racional por los ordenamientos ‘racionales’, cuyo funcionamiento práctico puede calcular, en cuanto a sus chances, lo mismo que el de una máquina” (Weber, Max: 1990. Pág. 221).

individuos definen sus proyectos y planes de acción¹⁶. En este sentido, es particularmente interesante recordar que aún cuando muchos problemas prácticos y las interpretaciones y soluciones que de ellos hacemos resultan obvios, lo obvio no es sinónimo de verdadero. Asimismo, las personas organizan sus vidas con referencia a valores a los que consideran como mandatos o imperativos éticos obligatorios. Cuanto más universal es un problema, mayor es su significación cultural, mayor es el papel de los juicios de valor y menor es la posibilidad de que el saber empírico aporte alguna respuesta. De hecho, las cosmovisiones jamás resultan de un avance en el conocimiento empírico y los ideales que nos mueven se abren camino en la lucha con otros valores tan sagrados para otros como para nosotros los nuestros (Weber, 1990). Y aquí reside la importancia de la operación que realiza el pensamiento religioso o cualquier otro pensamiento de carácter dogmático: otorgan validez universal a ciertos valores culturales. Es por ello que resulta necesario estudiar –y con ello desnaturalizar y cuestionar la validez universal de- los criterios de valor que regulan las acciones y orientaciones de las personas y grupos humanos. Las últimas décadas, y fundamentalmente los años noventa del siglo veinte, fueron el escenario de la cristalización y reproducción de imágenes del mundo que impugnaban la capacidad de los actores y fuerzas sociales para intervenir en su propio destino. Proclamaban la inexistencia de alternativas y sancionaban la unicidad de lo real¹⁷. El siglo veintiuno inició con un profundo cuestionamiento

¹⁶ Dice Wallerstein que el sistema-mundo moderno propone una serie de análisis teóricos (descripciones y predicciones) acerca de sí mismo que sin embargo son inexactos (Immanuel Wallerstein: 2001, 2002, Pág. 77). Así, creemos que el capitalismo se basa –y se debe basar- en el mercado libre o competitivo, que los estados son –y deben ser- plenamente soberanos, que los ciudadanos gozan –y deben gozar- de igualdad de derechos y que los académicos practican –y deben practicar- la neutralidad valorativa a cambio de la más absoluta independencia de pensamiento. Wallerstein revisa cada uno de estos argumentos y afirma que son falsos.

¹⁷ Si bien no existe un esquema analítico de validez universal para juzgar las relaciones entre ciencia y política o entre intelectuales y poder político, existen instrumentos que permiten dar cuenta de la capacidad de los intelectuales para ofrecer respuestas a los dilemas de su tiempo. En este sentido, resulta evidente que en los últimos años la cultura atravesó un

–teórico pero fundamentalmente práctico- de estas ideas. En este contexto de ensanchamiento del espacio de la política, la obra weberiana aporta un conjunto de instrumentos increíblemente poderosos para abordar la producción conciente e intencional de una diferencia en el mundo. Esa creación (que es subjetiva pero al mismo tiempo se produce en un medio social –esto es, con otros, contra otros pero siempre condicionada por otros) de elementos novedosos y disruptivos capaces de subvertir las estructuras sociales y transformar el solitario, acrítico y resignado repliegue en la individualidad en la resistencia a la instrumentalización, la tradicionalización y la naturalización de la vida social. En esto consiste la politización de la vida social, la irrupción de la subjetividad no social (incluso presocial o antisocial en el sentido de aquello que cuestiona o desmiente la unicidad o el carácter colectivo de la conciencia social) e irracional (desde el punto de vista de la racionalización social que modera las necesidades, los deseos y los pensamientos humanos) en el espacio mismo de lo social, aquel ámbito en el que opera de manera privilegiada la racionalidad instrumental pero que, por ello mismo, se degrada poco a poco y se convierte en puro tradicionalismo irracional, un ámbito en el que las personas pasan a estar dominadas por las cosas o por otras personas, un ámbito en el que la libertad de acción pierde su dimensión productiva y se expresa únicamente como repliegue en la individualidad.

Frente a este diagnóstico, la formulación weberiana puede ser interpretada como el aporte de un esquema teórico y metodológico dirigido a (capaz de) aportar al conocimiento -y la profundización de- las probabilidades abiertas para la elección libre y responsable de las personas. Pero no es aquí donde reside a mi juicio la dimensión verdaderamente política de su enfoque. Pues este aporte se mueve dentro de –en los márgenes de- la reproducción de

período de decadencia, incapacidad predictiva, descrédito y, en algunos casos, absoluto silencio. (Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros: 1997).

las condiciones sociales de la existencia humana, de la racionalidad instrumental, la acción finalista. Por el contrario, es su apertura a la contingencia e imprevisibilidad que encierran los afectos, los valores y cualquier irracionalidad del mundo social la que expresa la dimensión verdaderamente política de su enfoque. Esa mirada acerca de la vida social en su dimensión instituyente, verdaderamente política. Si la primera interpretación dio lugar a la imagen de un Weber resignado al ejercicio de la responsabilidad como el horizonte (espacio pero también reducto) de la libertad de elección en un mundo ordenado según criterios de creciente -y típica idealmente plena- racionalidad con arreglo a fines (valga como metáfora la idea de la jaula de hierro); la segunda nos pinta un Weber esperanzado y creyente en el potencial innovador del carisma y el liderazgo para alterar o quebrar el fluir mecanizado del devenir de la sociedad occidental.

Weber no aspiró a la producción de un conocimiento ajeno a sus aportes y usos. Por el contrario, precisó un conjunto de presupuestos de valor y reglas metodológicas fecundas para la crítica de las acciones. Wallerstein se pregunta por el papel de los intelectuales en un sistema social histórico en crisis y en el que las viejas formas de pensamiento comienzan dejan de ser útiles y adecuadas para el conocimiento y acción en el mundo. Al respecto, señala la necesidad de comenzar a reconocer que todos los debates son simultáneamente intelectuales, morales y políticos, o sea, involucran una evaluación de las tendencias en juego (lo verdadero), de los criterios de elección (lo bueno ¿y lo bello?) y de los medios de acción (lo posible ¿o lo probable?). Propone luego trabajar en la elaboración de un diagnóstico cuidadoso de la trayectoria actual y de las alternativas abiertas y azuzar la mirada para percibir la novedad asomando entre las viejas formas y patrones. Esta tarea supone la participación en una lucha feroz por el futuro en la que no faltarán los análisis distorsionados, y este es un argumento que a su juicio pone en tela de juicio la posición

weberiana sobre la neutralidad valorativa pero que a mi entender principalmente alerta acerca de las limitaciones para explicitar los puntos de vista y practicar la neutralidad valorativa. Dice Wallerstein que “el gran problema de aquellos que han decidido luchar por un mundo más democrático e igualitario es la herencia de desilusión generada por los logros y fracasos de los movimientos antisistémicos del mundo moderno, en los últimos ciento cincuenta años, y especialmente en los últimos cincuenta. Todos nos volvimos cautelosos respecto de los movimientos: del triunfalismo, del centralismo y de la feroz intolerancia que desplegaron” (Immanuel Wallerstein: 2001, 2002. Pág. 90). En virtud de ello, sostiene que la lucidez debe preceder a la movilización. Y la lucidez supone la discusión acerca del tipo social que se quiere construir pero también un minucioso tratamiento de las tendencias, probabilidades y bifurcaciones abiertas en el devenir del mundo social. Y los intelectuales tienen un papel privilegiado en esta tarea de elaboración de un mapa e instrumentos adecuados para el conocimiento y posterior intervención social, como bien supo Weber e insistió hasta el hartazgo.

Bibliografía

- Baca Olamendi, Laura y Cisneros, Isidro H. (comp.) 1997: *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede México y Triana Editores.
- Bauman, Zygmunt 1998 (1989) *Holocausto y modernidad*, Prólogo e introducción: la sociología después del holocausto, Toledo, España, Sequitur.
- Charosky, Hernán en de Ipola, Emilio 2004: *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Funes, Ernesto en de Ipola, Emilio 2004: *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

- Gutiérrez, Ricardo en Naishtat, Francisco (comp.) 1998: *Max Weber y la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Argentina, EUDEBA.
- Habermas, Jürgen 1999 (1987): *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, España, Taurus Humanidades, Grupo Santillana de Ediciones.
- Luhmann, Niklas 1996: Lección 14 “‘De qué se trata el caso’ y ‘qué es lo que se esconde detrás’: las dos sociologías y la teoría de sistemas”, en *Introducción a la teoría de sistemas*, Universidad Iberoamericana, A.C, México D.F, en coedición con el Instituto Tecnológico y reestudios Superiores de Occidente (ITESO), Guadalajara, México y Editorial Anthropos, Barcelona, España.
- Rabotnikof, Nora en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros 1997: Op. Cit.
- Wallerstein, Emmanuel 2002 (2001): *Un mundo incierto*, Buenos Aires, Argentina. libros del Zorzal, Capítulo “Los intelectuales en una era de transición”.
- Weber, Max 1998 (1967): *El político y el científico*, Madrid, España, Alianza Editorial.
- ----- 1990 (1973): *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- ----- 1992 (1944): *Economía y sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ----- 1984: *La ética protestante*, Madrid, España, Ediciones Península.
- Zabludovsky, Gina en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros 1997: Op. Cit.

Bibliografía consultada pero no citada:

- Lazarte, Rolando *Ciencia e valores*, Sao Paulo, Cortez Editora, Col. Quesotes da nossa época, n. 53. Capítulo 1.
- Marshall, Gordon 1986: *En busca del espíritu del capitalismo*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica.

- Weber, Max 1992[a] “Las lecciones de la crisis de cancillería alemana” en Revista Zona Erógena, número 12.
- Zeitlin, Irving 1986 (1970): *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.